

La democracia como ironía

Antonio Valdecantos*

En esta ponencia se sostendrá la tesis —que en modo alguno debe confundirse, a pesar de lo que su título pudiera insinuar, con las doctrinas de Richard Rorty— de que la condición irónica constituye un elemento decisivo en la justificación de la democracia. Como modo de reducción de las voluntades de los muchos a la voluntad de los más y de subordinación a ésta de todas las otras voluntades, la democracia se halla en principio tan expuesta al dogmatismo, al error y hasta a la falsedad como se supone que lo están, por su propia naturaleza, el gobierno de uno solo o el de pocos. Y desde luego, como la experiencia enseña sobradamente, la democracia puede producir una voluntad colectiva que dependa estrechamente del prejuicio, de la falsedad y de la banalidad, o que conduzca en pocos pasos a tales resultados. Suel e suponerse, ciertamente, que la educación ciudadana y alguna clase de madurez política y cultural propia de las buenas democracias (y ausente de las inmaduras y de las meramente aparentes) son el remedio de estos males, y que semejantes educación y madurez tienen que ser, a su vez, el resultado de prácticas rectamente democráticas. Pero quizá fuera provechoso salir de este círculo por algún lado y no limitarse a desearlo.

La ponencia, que parte de premisas más bien escépticas y poco propensas al optimismo, trata de escaparse del círculo en cuestión recurriendo al concepto de *ironía*, un elemento ausente en la teoría democrática y muy poco frecuente en la teoría política en general. Hay, desde luego, un sentido muy elemental en el que la democracia es irónica: siendo un régimen que suele justificarse por su capacidad para amparar la libertad de las personas individuales y colectivas y por fundarse en la participación de unas y otras en el gobierno, se burla de los propósitos que la animan convirtiendo a menudo dichos afanes en formas de servidumbre y de alienación política casi tan crudas como las de los regímenes no democráticos. La verdad es que, si éste fuese el único modo

* (Universidad Carlos III) Antonio Valdecantos Alcaide Narciso Serra, 14 – 4.º D 28007 Madrid Tfños. 91 552 81 29 y 620 80 41 48 antonio.valdecantos@gmail.com

en que la democracia es irónica, no parece que el concepto de ironía pudiera servir para alimentar muchas esperanzas.

Sin embargo, el descubrimiento de que la democracia es, en el anterior sentido, irónica no ha de constituir necesariamente materia de regocijo para sus adversarios. En realidad, puede que todas las formas políticas sean parejamente irónicas, aunque la democracia tiene a su favor el ser la única capaz de darse cuenta de ello. Si bien se mira, la ironía tiene que ser repugnante para la idea misma de un gobierno de uno o de pocos, aunque no para la del gobierno de los más. En la idea de sí propia de la monarquía y de la aristocracia clásicamente entendidas no parece que quepa el convencimiento de una vulnerabilidad irónica esencial en virtud de la cual la cosa pública se escape, casi por naturaleza, de las manos de quien gobierna y venga a dar en lo contrario de los propósitos de éste: el uno y los pocos suelen tener su podio cimentado sobre una infatuación demasiado confiada para poder ceder a la ironía. Pero la democracia quizá no, y precisamente porque se funda en la creencia de que el uno y los pocos son cosa bastante menos sagrada, resplandeciente, poderosa y estremecedora de lo que ellos creen de sí mismos.

Hay en realidad dos clases de democracia: una democracia infatuada que cree poder lograr lo mismo que sus formas políticas rivales, sólo que con mayores robustez y justificación, y una democracia irónica para la cual sería muy raro que la voluntad de los más y las creencias a ella ligadas no estuvieran destinadas a recibir, más tarde o más temprano, desmentidos con los que todavía no se cuenta pero que, una vez producidos, podrían convertir en ridículas las convicciones más solemnemente profesadas. Lo anterior, que quizá no esté mal del todo como una caracterización de lo que en general es la ironía, constituye un fenómeno más bien plebeyo y propio de gente irreverente, o por lo menos algo que ningún monarca y ningún patricio están en condiciones de mirar con satisfacción. Quizá la democracia tenga, a fin de cuentas, su mayor fortaleza en lo que para otros regímenes es la mayor de las debilidades.